

# Tener lo que falta

*Estrella de Diego*

## I.

«El psicoanalista como el arqueólogo en las excavaciones, debe descubrir capa a capa la psique de sus pacientes, antes de llegar a los tesoros más valiosos», comentó en cierta ocasión el doctor Freud. Esta frase, tan recordada por sus discípulos, la idea de la psique construida por capas, como una cebolla, está llena de trampas porque recorriendo la propia historia de Freud, quien esperó a que sus objetos pudieran salir de Viena para marcharse con ellos, sin abandonarlos nunca, acaba por parecer una justificación a su misma compulsión coleccionista, a su afán sistemático de posesión, casi científico, atesorando libros y objetos de la antigüedad. Como parece dar a entender su biógrafo Peter Gay, un modo de confirmar su identidad, sus raíces.

Tienen mucho de común psicoanalistas, arqueólogos y coleccionistas. Los tres comparten un territorio delicadísimo, el de los secretos, secretos que deben preservarse de la luz, de las miradas. Todo buen coleccionista entiende que los objetos deben ser, ante todo, acariciados, sustituyendo el tacto a la vista. Y es que hay algo secreto en las colecciones, algo casi trágico, un destino, que sólo la muerte del dueño clausura. Ese coleccionar como acto puro es la maldición que pesa sobre lo coleccionado: la colección sólo se cierra con la desaparición del coleccionista. Sólo la muerte la detiene. Así, al morir, coleccionistas como la señora Gardner, presentan en su museo de Boston una colección cerrada, sin esperanza de modificación, sin dueño.

Todo buen coleccionista sabe que existe un orden interno en las colecciones más heterogéneas, sólo descifrable para el poseedor, y sabe que mantener oculto ese orden es mantenerse a salvo de la categorización. Por eso aprende a racionar las miradas de fuera, como los japoneses, que empiezan mostrando los tesoros más banales y sólo prosiguen la tarea cuando intuyen a un interlocutor receptivo, o como Calouste Gulbenkian, cuya fastuosa conjunta de objetos sólo se hizo visible después de su muerte, permaneciendo oculta durante el exilio voluntario, sólo accesible para

los dos mayordomos que la limpiaban. Cuando las colecciones se hacen públicas, cuando se convierten en museo, pierden la significación última.

De hecho, el paso de la colección al museo es una metamorfosis ciertamente curiosa que implica el desmembramiento de la colección –quitando lo superfluo– o la preservación de las cosas como debieron estar en vida del coleccionista. Las dos soluciones son parciales porque implican un orden ajeno al interno de la colección en los museos por acumulación, los objetos, para ser visitados, se liberan de las pasiones y se presentan sencillamente como cosas, a menudo desordenadas y heterogéneas, que se homogenizan –se ordenan– sólo en el acto de convertirse en museo.

No obstante, es una tentación antigua la de ordenar, la de musear, y es posible que exista incluso dentro de las colecciones abiertas, las que aún tienen dueño. Cuántas veces, partícipes de los tesoros de un coleccionista, observamos fascinados la clasificación y el juicio: esto es mejor que aquello, eso mejor que esto. Ese libro es raro, esa orquídea es única. Aun así, se trata de una clasificación privada en la que los juicios de valor siguen siendo, de alguna manera, relativos o, al menos, particulares. Hacer pública la colección es siempre darla por terminada, morir un poco.

Ese es el primer gran error de los dos coleccionistas más populares de la historia de la literatura, Bouvard y Pécuchet, que pierden de algún modo el interés en su colección precisamente cuando la convierten en museo, cuando la presentan a las autoridades de la localidad. Y lo pierden porque intuyen que su colección podría haberse terminado y porque en ese proceso complejo, en el acto mismo de convertir la colección en pública, cada objeto se somete a una valoración consensuada. Las cosas dejan de juzgarse a partir de los valores propios del coleccionista –recuerdos, falta dificultad en conseguirlas– y comparadas, las cosas más queridas adquieren su valor real, el de quincalla: «Seis meses más tarde, se habían convertido en arqueólogos y su casa parecía un museo. (...) Cuando se traspasaba el umbral, se tropezaba con una pila de piedra (un sarcófago galorromano) y luego, la vista se sorprendía por la quincallería».

Bouvard y Pécuchet, dos pequeños burgueses fascinados por lo que el dinero puede comprar más que por las cosas que compra el dinero, deciden dar un sentido a tanta heterogeneidad, los objetos que van consiguiendo aquí y allá, hasta donde su circunstancia les permite, a través de la configuración de un rudimentario museo, de un espacio público que desvele los secretos, que establezca las relaciones entre las cosas, y cuando se ven obligados a centrar su pasión, a dirigirla, a delimitarla, cuando se ven obligados a la constancia y la sistematización, la pasión decae y pasan a coleccionar otras cosas: conocimientos, experiencias.

Pero cuando antes se hablaba de estos dos solterones reprimidos, que se encuentran un día por casualidad en un paseo y se hacen amigos también por casualidad, como de unos coleccionistas, se estaba diciendo una verdad a medias. Bouvard y Pécuchet quieren demostrar que, habiéndose convertido en ricos a través de un golpe de fortuna, saben comportarse como ricos, igual que sucede con la pareja de *Las cosas* de Pérec, que sueña con tener divanes Chesterfield, camisas Arrow, corbatas Old England. Para coleccionar hay que amar los objetos por encima de todas las cosas, amarlos con las manos, además, acariciándolos.

## II.

En 1960, William Carlos Williams, un hombre mayor, ya casi ciego, escribe un bellissimo poema que dedica a Pablo Neruda, coleccionista de conchas, en el que cuenta cómo, igual que le sucedió a su madre en los últimos años de su vida, *Now that I am all but blind, / the imagination has turned inward / as happened to my mother / when she became old: Dreams took the place of sight.*

En ese momento el Williams casi ciego regresa de un viaje de Florida en cuyas costas cálidas va recogiendo conchas, tal vez porque siendo «todo menos ciego», ve el mundo con otros ojos fuera de los de la visión. Conchas para tocar, caracolas rituales de candomblé para escuchar, antes de volver al frío de la Costa Este donde su colección parece detenerse, como parte de lo pasajero.

Habría que enumerar lo que se tiene y habría, sobre todo, que enumerar lo que no se tiene. Cuántas conchas hay que recoger, cuántas playas hay que recorrer para completar la colección. Cuántas faltan, y la respuesta es tan sencilla como incierta: sólo faltan todas aquellas que aún no se tienen. En ese acto de tener lo que falta, se instala la patología del coleccionista, la parte más fascinante de toda colección. Una patología compulsiva como el deseo que, seguramente, esconde todas esas capas arqueológicas a las que aludía Freud en su conocida metáfora.

Pero resulta, si no otra, cosa extraña que tratándose de un fenómeno tan extendido no haya sido codificado hasta sus extremas consecuencias por los psicoanalistas, al menos por aquellos más sistemáticos. Ni Freud ni Lacan dedican al coleccionismo la atención que parecería merecer, tal vez porque ellos mismos fueron coleccionistas. Se suele, sí, asociar el coleccionismo a un estadio infantil, pues de hecho en los niños se detecta muy tempranamente esa pasión como proceso de la conformación del territorio

propio por una parte, y como instauración de un mundo privado al cual el padre —lo social establecido— no tiene acceso. Se podría así, quizás, ver el fenómeno como una forma de desplazamiento donde los miedos sociales y los rechazos a la norma, a través de la cual el niño es separado definitivamente de la madre, se subliman en unos objetos que acaban por resignificarse y ser otros. Tener lo que falta. Pero ¿qué falta exactamente?

Con frecuencia se ha trazado un supuesto retrato más social que psicológico de los coleccionistas. Personajes obsesivos, rigurosos, tacaños con su tiempo, solteros recalcitrantes, como Bouvard y Pécuchet. Como hipótesis de trabajo, me gustaría plantear algunas de las implicaciones que el coleccionismo tiene con el fetichismo en una de sus vertientes más conocidas: la psicoanalítica. Esta patología, sobre la cual vuelve Freud en numerosas ocasiones a lo largo de su vida, desde la descripción en los *Tres ensayos sobre sexualidad* del año 1905 hasta *El ego dividido* de 1938, se relaciona, como es bien sabido, con el miedo a la castración, con la «falta» en términos lacanianos.

El niño, descubriendo la castración de la madre, debe enfrentarse a un proceso doble, aceptar esa diferencia, y por tanto perder a la madre de forma definitiva, y superar el miedo de su propia castración, la que constantemente le recuerda la madre castrada. En ese proceso de pérdida el niño debe resituar sus sentimientos y aprender a convivir con la pasión hacia el objeto amado que a su vez la recuerda constantemente la amenaza que se cierne sobre él. Obtener el placer significa aceptar la amenaza. El niño fetichista será, pues, aquel incapaz de resolver el conflicto edípico desplazando miedo y deseo hacia objetos inanimados que a la vez resultan ser placer y amenaza, a los que se desea amar y cortar.

En ese desplazamiento de lo fálico, en mayor o menor grado según las paidologías, se halla la base del fetichismo y es curioso que la ansiedad que provoca el proceso múltiple en virtud del cual el niño acepta la castración de la madre y la amenaza de la propia castración simbólica, se relacione tanto en Freud como en Lacan con la pérdida de la visión, con la desaparición del sujeto *Dreams took the place of sight*, dice Williams.

Entonces, siendo ciego —pese a ver entonces con una mirada fuera de la vista—, empieza su colección de conchas, desplaza su ceguera, su miedo a la castración y por qué no, a la muerte, hacia un conjunto de objetos que, igual que en el caso de los fetiches y los zapatos, se sobrevalora, adquiere una significación que va más allá de la consensuada. Este tipo de desplazamiento, y la consiguiente sobrevaloración, parecería estar en la base del coleccionismo y a partir de ahí se podrían encontrar las implicaciones fetichistas.

El fetichismo da fe, sobre todo, de la trayectoria de una idea fija en busca de su gemelo material. Son esas correspondencias bien conocidas: dios-ídolo, trabajo alienado-objeto de lujo, falo-zapato, etc. A pesar de ser ese gemelo material un reflejo pobre de la idea, se establece un apasionante sistema de intercambios que también estará en la base de la acepción marxista.

De hecho, la colección de Freud parecería significar para él, según comenta su biógrafo Peter Gay, la esencia misma de su «ser judío», algo ilógico para un hombre que a lo largo de su vida nunca se manifiesta como excesivamente practicante. Cuando la amenaza nazi se cierne sobre él, se agarra a su colección por algo mucho más potente que el placer físico que le proporciona, esa sexualidad de los objetos tan típica de la contemporaneidad y que Freud pone de manifiesto a través de las caricias a su colección se cuenta cómo solía tocar las cosas. Se agarra a su colección como parte de su pasado histórico, como gemelo material de sus antepasados, una sensación que comenta aunque no llega a codificar. La colección de Freud ha dejado de ser así un conjunto de objetos valiosos para convertirse en la esencia de su ser judío, en ese juego de desplazamientos, de sustituciones, en esa sobrevaloración y ese trasvase de significados.

A través de la colección, el hombre ya mayor (*Dreams took the place of sight*, los sueños sustituyeron a la visión), preserva su identidad histórica, se reconoce a la vez que se diluye en ella. El, en tanto judío, es su colección. El miedo a la pérdida de esa colección –el esperar ansiosamente el permiso para trasladarla a Londres– es el miedo a la pérdida de su identidad, aunque, paradójicamente, el sujeto como tal desaparezca en la colección, se convierta durante la vida y después de la muerte en su colección.

